

La naturaleza del poder

Xavier Bru de Sala

LA VANGUARDIA

VIERNES, 28 MARZO 2008

Comparto con mi amigo, el catedrático y ensayista Adolf Tobeña, una idea más bien amarga y poco esperanzada sobre la naturaleza del poder. Idea negativa que afecta tanto a los requisitos para alcanzarlo como a los modos de ejercerlo. El profesor Tobeña fundamenta la mala imagen en un singular cruce de conocimientos científicos, que van desde la neurobiología, su especialidad, a la etología y la psicología social, con las mejores aportaciones provenientes de las humanidades. Mi creciente aversión, ciertamente paradójica, proviene, mitad y mitad, de la lectura de los clásicos, en especial los historiadores romanos y griegos, y de la experiencia. En efecto, anduve un tiempo por los aledaños de la política, con cargo público de cierto relumbré local, y lo que vislumbré bastó para que diera media vuelta cuanto antes. No por falta de aptitudes —lo confieso— para sobrevivir en este despiadado mundo. Al contrario, tuve que vencer la fascinación que ejercía sobre mí la perspectiva de alcanzar cotas superiores de poder, a base de recordarme lo bajo que debía caer si de veras pretendía ascender. A quienes les interesa conocer las trastiendas hormonales y neuroquímicas del poder, y asomarse a los diversos circuitos que lo conectan con el sexo, les recomiendo con fervor su último libro, *Cerebro y poder*, en el que se da cumplida noticia de las habilidades e impulsos que conducen a los individuos a relamerse ante el uso y disfrute del poder.

Aparte de curiosas novedades, como la mayor aptitud y velocidad para resolver problemas mentales proporcionada por hormonas ligadas al deseo sexual, se reafirma y explicita que algunas de estas habilidades más sobresalientes son la capacidad para conocer las intenciones ajenas, su manipulación y el cálculo de las consecuencias que pueden acarrear las distintas reacciones por parte de los actores implicados en cada envite. Algunos de los requisitos que en el libro no se documentan, pero que es es-

tán ahí, se refieren a cuestiones como lo desalmado, o si lo prefieren despiadado, que está obligado a ser un político, o a su especial aptitud para engañar o traicionar sin que se note. No se han documentado, es de suponer, porque se vería anatemizado el departamento universitario o el director de equipo investigador que osara relacionar con trabajos de campo la ventaja de los torticeros inteligentes. No pocos

impulsos de sojuzgar y manipular al prójimo, con métodos más o menos sutiles o evidentes según los casos, como vemos en las relaciones laborales y familiares. Quienes se abstienen de ceder a estos impulsos deberían ser considerados cándidos sin remedio o heroicos virtuosos. Basta pues observarse sin engañarse mucho para comprender la naturaleza del poder y proyectarla sobre los poderosos de veras.

A fin de concluir con una nota tan optimista como realista, les invito a discernir entre protagonistas de la historia que han ejercido una influencia benéfica sobre sus congéneres y los que se llevan la palma en crear sufrimiento. Todos alcanzaron la cima del poder, o se mantuvieron en ella, siguiendo esos vericuetos y recetas tan poco recomendables a los que nos referimos. La ciencia no puede entrar en estos matices y valoraciones, pero ayuda, ni que sea modestamente, a comprender por qué Augusto, siendo igual de ambicioso pero menos incauto, y por lo tanto más despiadado, que su predecesor Julio César, fue el padre de la *pax romana* laudado por Virgilio y Horacio. Dicho de otro modo, y en honor de mis amigos políticos, es posible usar a fin de bien esas horribles herramientas con las que la naturaleza ha dotado a los seres humanos para

de los datos aportados por el libro son casi tabú, pero los hay peores sobre los que está prohibido saber algo en términos científicos.

Aun así, sería improcedente e injusto considerar a los políticos como monstruos de una naturaleza distinta a la del común de los mortales. Con ondulaciones más bien ligeras, todos estamos sometidos a la tiranía de las mismas hormonas, y quienes han renunciado a la ambición del reconocimiento público —en el escenario caben pocos— no dejan de procurarse en platea o su palco posiciones de poder sobre su entorno inmediato. O sea, del mismo modo que la economía pública es la familiar a escala ampliada, no hay ser humano, Robinson aparte, que no sienta

que luchen entre ellos por el poder. Lo que no parece en cambio posible —ni en humanos ni en los papiones que viven estresados por la jerarquía a pesar de tenerlo todo a favor para ser felices— es que todos renuncien a usarlas para el dominio sobre los demás. Tampoco es posible sustituir estas herramientas por otras.

Lo máximo que puede hacerse es usarlas con mesura, superponer a la naturaleza del poder, y sin abandonarla, pues entonces sería inevitable la inmediata defenestración, otra naturaleza, de carácter más benigno y conciliador. Lástima que de eso sólo sean capaces algunos superdotados, capaces de hacer girar los goznes de la historia. ¿Hay alguno entre nosotros?●



GALLARDO

Activitats i qüestions

Si els humans són el que són, quins mecanismes socials poden ajudar a que el poder s'utilitzi a favor del bé comú?

Quin significat té el darrer paràgraf del text de Bru de Sala?